

un modo de pensar basado en el «paradigma» de la certeza fundamentado en la utilización coherente y sistemática de *un* método. El autor propone la sustitución de este paradigma por el «paradigma» de la verdad (de raíz aristotélica) donde la prioridad no provenga de la instancia metodológica, sino de la verdad y de la realidad misma, abierta siempre a múltiples caminos de investigación. De esta manera lo realmente decisivo no es tanto el punto de partida (el principio) ni el camino que a partir de él se deba recorrer (método), sino la meta a la que se tiende (finalidad).

Nos encontramos frente a un trabajo denso y riguroso donde los finos análisis del autor manifiestan un profundo conocimiento de la teoría del conocimiento clásica y moderna (especialmente kantiana) y muestra con sorprendente lucidez las complejas relaciones entre gnoseología y antropología en la modernidad. Sin duda, cualquier amante de la buena filosofía disfrutará con su lectura.

José Ángel García Cuadrado

**Alejandro LLANO CIFUENTES**, *Humanismo cívico*, «Ariel filosofía», Ariel, Barcelona 1999, 219 pp., 15,2 x 22,1, ISBN 84-344-8756-X.

La aceptación de la democracia, como garantía de libertad ciudadana y de participación en los asuntos públicos, resulta hoy una afirmación indiscutida pese a los frecuentes llamamientos a la necesidad de su rearme moral y de un protagonismo real de la sociedad civil.

El último trabajo del Prof. Llano aun enmarcándose en ese ámbito ofrece una propuesta que lo trasciende decididamente. Las fracturas que se abren en las sociedades de los países de nuestro entorno son denunciadas con certera

clarividencia: la tecnocracia sin alma del eje Estado-mercado frente a la vida real de los ciudadanos, la conciencia ética encapsulada en el individuo junto a los intentos de fundar una moral de alcance público, el pragmatismo político de cuño técnico científico al lado de una ética de corte puramente emotivista. El contraste se verifica, en definitiva, entre el paradigma de la certeza —que aboca a un consenso político meramente fáctico o voluntarista— frente al paradigma de la verdad, que confía en la capacidad cognoscitiva y comunicativa del hombre de la calle y, por tanto, en la posibilidad de alcanzar un consenso político de base racional. Son esas quiebras las que reclaman para los problemas públicos «un tratamiento cultural y ético, abierto a la verdad de los hombres y mujeres en acción, es decir, a la *verdad práctica*».

La propuesta del humanismo cívico parte, pues, de una convicción básica: que todo ciudadano es capaz, en principio, de distinguir lo bueno de lo malo en la vida pública, las leyes justas de las leyes injustas. La conciencia ética personal, como facultad que capta la verdad práctica, alcanza así un puesto de relieve en la vida pública. Naturalmente, esta afirmación cognitivista viene moderada por el hecho de que nuestra capacidad de discernir el bien del mal no es automática o absoluta, sino dialéctica, pero según una concepción del diálogo abierta o esperanzada, pues sólo se emprende tal diálogo ante la expectativa de alcanzar la verdad posible, que implica en consecuencia un pluralismo político no relativista.

El humanismo cívico pretende evitar una articulación de las relaciones entre ética y política en términos antitéticos, cuyo origen apunta a la ausencia de un uso humanista de la razón. Tal antítesis alcanza diversas formas históricas entre las que se destacan dos. De una

parte, la *concepción individualista de la ética y la interpretación técnica la política*, en la que la moral permanece en el dominio de lo privado porque la libertad se reconoce sólo como *choice*, es decir, siempre que sea políticamente irrelevante. En el ámbito de la convivencia ha de imperar, sin embargo, el cálculo de la razón instrumental que aplica la técnica político-económica con eficacia supuestamente creciente, hasta hacer desaparecer un empleo humanista de la razón. De otra parte, frente al alma miope de la tecnocracia, se alzan los moralismos utópicos, una *visión exclusivamente comunitaria de la ética y la disolución del individuo en la comunidad*, en la que la razón pública es la razón total que se pone al servicio de una presunta necesidad histórica, y que difícilmente puede evitar su deriva totalitaria.

Las dos corrientes principales que confluyen en la Ilustración —cuyas últimas raíces señaló Kant en el pensamiento de Newton y Rousseau— siguen marcando la mentalidad occidental, que hace compatible el pragmatismo técnico científico con el relativismo individualista, por la disección que opera en sus respectivos ámbitos de influencia: el primero de ellos acampa en el terreno de la mecánica político-económica, mientras que el subjetivismo se impone en el dominio de lo que solemos denominar «cultura», donde se instala un emotivismo blando como consecuencia del rechazo de todo lo racional o normativo.

El autor confía en que la superación de esta alternativa radicalmente insuficiente vendrá por una adecuada articulación de la moral pública, no tanto en el horizonte de las ideologías o de la estrategia política sino en el de la filosofía política. Y en particular por la vía del diálogo racional, en el que «se discute también sobre intereses —no sólo sobre estimaciones éticas— pero en su trans-

curso acaba por hacerse inviable la defensa del mero interés» (pp. 71-72).

Una vez transplantada la razón pública al terreno más fértil de la praxis, el humanismo cívico —a la par que algunas vetas de la filosofía moral actual— clama por la rehabilitación de un concepto de tan larga tradición como es el de virtud. Y más concretamente, por la recuperación de la relevancia social de las virtudes morales como la caracterización más radical de la democracia, puesto que «resulta utópico [...] intentar lograr una vida de participación política y solidaridad ciudadana en un Estado constitucional de derecho sin apelar a las virtudes personales, que constituyen el único recurso real para llevar a la práctica un programa político cuya exigencia corre pareja con su excelencia» (p. 101).

Estamos, en suma, ante un ensayo que describe de forma brillante los puntos de crisis de las modernas sociedades liberales, y que —tratando de superar vías muertas— se atreve a ofrecer una propuesta de emergencia pública de libertad ciudadana radicada en la confianza en la verdad. Cualquier lector medianamente ilustrado que se interese vitalmente por las cuestiones de la convivencia, encontrará las claves morales indispensables para profundizar en la mejor tradición de la democracia y del Estado de derecho.

Rodrigo Muñoz

**José M. MARDONES**, *Síntomas de un retorno, la religión en el pensamiento actual*, Sal Terrae, Santander 1999, 199 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 84-293-1300-1.

Este ensayo analiza el pensamiento de cinco filósofos acerca de la religión. Se trata de Gianni Vattimo, Eugenio